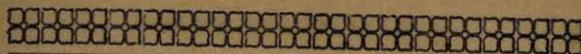


barga cuando se aperciben de que una mujer bonita empieza a envejecer y el gozo con que exclaman: «Es claro, los años producen su efecto»; la bajeza de sus placeres, que basta por sí sola, en sus groseras manifestaciones, para dar a entender cuán pocos delicados son los recuerdos que ocupan su alma; el exceso de indignación que despliegan contra el amante que ha pedido auxilios metálicos a su querida, cosa que si sucede, según la general creencia, en los casamientos ricos, constituye una de las muchas hipocresías de nuestra honrada sociedad, y una porción, en fin, de circunstancias de análoga índole, que dimanar todas de esta ley general:

V

El hombre que nunca ha sido amado o no lo es ya, vive en un estado constante de ira contra todos los amantes.



MEDITACIÓN III

EL VERDADERO V EL FICTICIO AMANTE

Entre la multitud de los excluidos del amor y el pequeño grupo de los verdaderos amantes, hallamos la legión de los que yo califico de *temporeros*, a quienes se les puede llamar con más propiedad y sencillez *los amantes ficticios*. Gran número de éstos se encuentran entre los agregados de Embajadas, los secretarios de las mismas y los jóvenes que, recién concluída la carrera, ingresan en el Círculo. Abundan también, bajando algunos grados la escala social, entre los horteras y los estudiantes. El ficticio amante tiene, por lo regular, de veinticinco a treinta y cinco años; es guapo y muy correcto en el vestir. Toda su persona exhala ese no sé qué indefinible, que se indica, aunque vagamente, con la palabra *gentil*. Las mujeres le califican también de distinguido. Durante algunos años, sus relaciones con ellas son de esas que tan gráficamente caracterizaba delante de mí un burgués con quien estuve un día conversando en el tren. «He dicho a mi hijo: diviértete, muchacho, esto es propio de tu edad; pero economiza la salud y que el sentimiento tome siempre alguna

parte en tus placeres; *¡eso te ofrecerá recuerdos en su día!* El ficticio amante tiene, pues, bonitas amadas; la gentileza es su distintivo, como el perfume lo es de los jabones, y los menores detalles de su vida están impregnados de ella. Paga gentilmente a sus favoritas, según se lo permite su fortuna, y éstas le demuestran una gentil semejanza de amor, sin perjuicio de engañarles a la primera ocasión por el gran motivo que me daba sin inmutarse Cristina Anroux, la peor amiga de Coleta antes que Alina, cuando le echaba en cara su conducta con Elías Laurence, uno de nuestros más simpáticos jóvenes diplomáticos, engañándole con despreciables cómicos de la legua o con alguno de esos hombres abyectos y degradados en demasía.

—¿Qué quieres que le haga?—me decía Cristina—. Es verdad que Elías es muy amable y muy simpático; pero yo necesito vicio, y él no tiene ni un céntimo de él.

No obstante, a pesar de esa falta de vicio o tal vez a causa de ella, el joven *gentil* produce efecto algún día en una mujer novelesca o en una joven sensible; en una compañera de almacén, si es hortera, o en una griseta, si es estudiante. ¡La última griseta! He aquí ya a nuestro joven promovido a la dignidad de amante, sin sospecharlo siquiera.

Si este amorío tiene por escenario el mundo elegante y por protagonista a un diplomático o a un novel letrado, las etapas amorosas serán tan bien arregladas, desde la primera cita hasta la ruptura, como las evoluciones de un baile. Tratándose de estudiantes u horteras, estos amores presentan distinta

faz; las disputas y hasta las bofetadas son cosa corriente entre estos amantes, que se escriben también insultantes cartas; pero luego todo termina *alla buona*, como dicen los italianos, delante de una botella de cerveza o de un ponche.

A pesar de esto, se observa que hay algo de común entre los tipos que hemos presentado, y ese algo es que ni los unos ni los otros comprenden su propia aventura. He aquí el rasgo característico del ficticio amante. Si es amado, ¿por qué?, no lo sabe; deja de serlo, ¿por qué?, tampoco lo sabe. Acepta su suerte, no la examina. De aquí resulta que si tropieza con una criatura algo peligrosa, un cúmulo de desgracias se le viene encima. Si es un hombre que por su posición oficial se ve obligado a guardar ciertos miramientos, se le promueve un escándalo grande, que le mortifica, que le hace sufrir y que él no ha podido prever. Si lleva nombre esclarecido, si disfruta de buenas rentas, si tiene una existencia sencilla y tranquila, se arreglan las cosas de modo que su irritada amante le da una puñalada o le tira a la cara un frasco de vitriolo; esto da lugar a un proceso y a la publicación de folletos en pro o en contra del derecho que tienen las mujeres a vengarse, y como el ficticio amante es honradote y delicado, no hace grandes cargos a su ex amiga, el proceso viene a terminar con que absuelvan a ella, quedando él herido o desfigurado, comprometido y con su vida trastornada por algún tiempo.

Este desastre ha sucedido por no comprender él el carácter de ella ni haber sabido inspirarla sentimientos profundos, esos sentimientos que siempre,

aun en el abandono, conserva una mujer en el fondo de su corazón, y la hacen buena para aquel que ha sabido de tal modo conmovérsela. ¿Os acordáis de la causa Fenayron? El desgraciado boticario Aubert es un buen ejemplar de la clase que describimos. Había sido durante algunos meses el amante de la señora Fenayron; el marido supo que su mujer le era infiel y los celos se apoderaron de él. Ella tuvo la habilidad de atraerle de nuevo, y él se le entregó otra vez con la brutal sencillez de la sexualidad, dominándola por completo. El marido la mandó entonces citar a su antiguo amante, con el fin de asesinarle; Aubert acudió a la cita sin la menor desconfianza, porque conocía muy poco a aquella disfrazada loba de quien, sin embargo, había recibido dinero. ¡Confíad en las apariencias! Le mataron y le arrojaron al río atado con plomo, según fué público y notorio. La imagen del desgraciado estaba tan poco fija en la memoria de aquella mujer, que no vertió una lágrima en el acto del juicio, ni pronunció una sola palabra que manifestase el más ligero pesar por la muerte del infeliz boticario. Los *excluidos* exclamarán en coro: «¡Esto les sucede a los amantes de mujeres casadas!», sin añadir: «¡cuando no sirve uno para ser amante!».

* * *

No obstante lo dicho, estas relaciones suelen acabar con más tranquilidad. La vida se parece a un tomo de Labiche, cuyos folios estén mezclados con otros de Shakespeare. Felizmente, por cada página de drama hay ciento de sainete, y todo concluye sin

azares. Esto quiere decir sencillamente que el ficticio amante se casa a los treinta y seis años, cuando la edad de los galanteos va concluyendo y está persuadido de que conoce a las mujeres, de que tiene experiencia de la vida y de que, con seguridad, la suerte de Jorge Dandin no ha de ser la suya.

El diplomático ha ascendido a primer secretario; el novel letrado ha adquirido un alto puesto oficial o ha creado un buen nombre de abogado, y contraen matrimonio con una joven elegante y fina, porque conservan en la memoria una sensación agradable de ropas perfumadas y han conocido demasiado a la mujer galante, para no acariciar la idea de un casamiento que una el encanto de la galantería a la confianza de la virtud; así como un manjar inofensivo sazonado con cantáridas. El estudiante vuelve a su pueblo y se casa también; el hortera hace lo mismo, y en este nuevo estado es cuando más se marca su inexperiencia respecto a las mujeres. El recuerdo de su pasado no les sirve sino para ser algo más torpes que si hubieran conservado su inocencia, y ese fondo de ingenuidad pura, que es una potencia, puesto que supone una reserva grande de fuerzas. Si se casan con una simplona, en vez de educarla, se igualan a ella, y los que le han conocido soltero, siempre alegre, revoltoso, amigo de divertirse, amado por ésta y por la otra, se encuentran con una especie de Prudhomme, muy serio, que les dice con beatífica complacencia: «¡Ya verás cuando te cases!» Si, por el contrario, dan con una mujer inteligente y honrada, se hará ella el ama y los gobernará a su antojo; pero si, por desgracia, tropiezan con una per-

sona que tenga en su sér el más pequeño germen de inconsecuencia, con qué cuidado, sin conocerlo, cultivan ellos este germen y le hacen brotar. Se sirven de las falsas ideas adquiridas en sus días de amorosas aventuras para ser pronto y con certeza... lo que todos sabemos.

He observado de cerca algunos de estos casamientos en que el marido, antiguo vividor de la especie de los ficticios amantes, trabajaba sin descanso para no ser... Minotauro, y he aquí los consejos que creo me cumple ofrecer al lector desoso de estudiar en sí mismo las sensaciones de Sganarelle, según nos lo decía, para disculparse por haberse casado, después de jurar y perjurar que no lo haría, un joven novelista: «Si mi mujer me engaña, me aprovecharé de ello para pintar con vivos colores un marido burlado.» ¡Qué hermosa es la conciencia literaria!

• • •

Receta para serlo.

La primera condición que se ha de tener, es la de casarse con la firme persuasión de que *eso* no os ha de suceder, porque habéis sabido hacer que otros lo sean.

Empezaréis, apenas casado, por recordar vuestros triunfos amorosos en la juventud, sacando de ellos algunas enseñanzas prácticas que aplicaréis desde los primeros días a vuestra joven mujer. Os apresuraréis a enseñarle *todo* lo que debe y aun lo que no debe saber, para que no la excite ya la curiosidad. La lle-

varéis, según vuestra fortuna os lo permita, a los teatros, al café cantante, a los gabinetes particulares del restaurant, al baile de la ópera o a los de las afueras.

Lo esencial es que la llevéis a los sitios que frecuentabais cuando erais soltero y que lo comprenda así. Aprovecharéis también esta ocasión para contarla alguna de vuestras aventuras y cuidaréis, sobre todo, de darla a entender que algunas de vuestras amadas eran mujeres casadas. Es importante que vuestra joven esposa pierda poco a poco la creencia en que pueda estar, debida tal vez a una educación estrecha y a lo limitado de su trato social, de que el tener un amante es una cosa rara y monstruosa. No descuidaréis, pues, y esto hará entender que tenéis experiencia de la vida, el darla a conocer, porque es muy posible que ella no se aperciba, las intrigas galantes que se pongan en juego en vuestra sociedad.

Partiendo del principio de que la madre y las amigas de la niñez son las aliadas naturales de la mujer en contra del marido, la separaréis lo más pronto posible del círculo en que vivía cuando soltera. Abandonaréis vos también a vuestros amigos y compañeros de juventud, sobre todo a los más íntimos, por temor de que no sean bastante honrados para respetar a vuestra mujer. Escogeréis vuestras nuevas relaciones entre los recién casados como vosotros, pero que apenas conozcáis, y por estos medios conseguiréis la transformación completa de la joven con quien os habéis casado.

No descuidaréis tampoco el mostraros perdidamente enamorado de ella durante los primeros años de matrimonio, ni el seguir, después de conseguidos

el niño y la niña deseados, los sabios preceptos de Malthus, cosa que os producirá a los cuarenta y cuatro o a los cuarenta y cinco años un estado de fatiga nerviosa muy propicio para el éxito de vuestra obra.

Cuando se presente vuestro primer ataque de gastritis o de reuma, de enteritis o de anemia, os entregaréis completamente al instinto natural de la conservación y a las preocupaciones de vuestra salud. Si no dejáis de escoger este período para transformar definitivamente a vuestra mujer mostrándola un humor de perro dogo, un despotismo desigual e irracional y unos celos insultantes, si cuidáis también de cultivar el trato con los demás matrimonios de que he hablado antes y que, como el vuestro, han llegado a la madurez, si os apresuráis a enviar a vuestro hijo, niño de ocho años, como interno a un colegio; en fin, si no desdenáis algunos pequeños procedimientos accesorios, cuales son el reñir a vuestra esposa por sus gastos de tocado íntimo, ahora que no os aprovecháis de ello, abrir sus cartas e interrogarla con duro tono respecto a cómo ha empleado el día; tenéis en la mano todos los triunfos en el noble juego del Minotauro, y cuando sepáis que vuestra mujer os engaña hace algunos años con el marido de su mejor amiga, o con uno de los primos de ésta, o con un solterón que habéis visto tres veces, o con cualquiera que no habéis visto nunca, podréis decir con justicia, que el amante de vuestra mujer os debe su felicidad y que triunfáis en su persona, merced a la experiencia que adquiristeis cuando soltero en vuestras victorias amorosas. Solamente vos sois el

que ha plantado, cultivado y adornado el noble y hermoso apéndice que corona vuestra frente y a cuya sombra podéis descansar como el héroe del poema, que *dormía algunas veces a la sombra de su lanza*.

Yo os deseo también que durmáis tranquilo con la... deformidad de vuestra cabeza, porque con exceso lo habéis merecido, después de tanto trabajar.

* * *

Ya estamos, al fin, frente a frente con *él*, con el verdadero, con el único, con ese personaje tan completamente encarnado por la leyenda en el tipo fascinador de Don Juan; con el *amante*, en una palabra, que tal es su verdadero nombre.

Esta figura presenta dos clases de rasgos característicos, que tenemos que estudiar: unos que le son propios siempre, lo mismo hoy, que ayer y que mañana; otros que datan de una fecha tal, que hace que al tipo se le pueda llamar *moderno*. Estos merecen una meditación aparte. Entre los primeros hay uno, muy particular, sobre el que no está demás insistir para probar cuán cierto sea, que el amor es una fuerza incomprensible e ingobernable de la Naturaleza.

El verdadero amante es siempre amado; lo es a los quince años, y se llama Querubín; lo es a los veinte, a los treinta, a los cuarenta, y se le puede, según los casos, dar el nombre de los primeros galanes de todas las novelas y de todas las comedias. Es amado también cuando se aproxima a la vejez, como lo fué el varón Hulot y como lo fueron los duques de Lau-

zun y de Richelieu, esos dos héroes de la seducción en la sociedad francesa en el anterior siglo, que han existido realmente y que no son creaciones de la fantasía de los escritores, sino dos tipos ilustres de esa raza de los *Tenorios*, que continúa reproduciéndose indefinidamente. Recuerdo haber conocido en Italia al príncipe Nicolás Werekiew, un gran señor ruso, que tenía lo menos sesenta años y que podía competir con los que acabo de citar. Su cabello blanco como la nieve, conservaba, sin embargo, todavía vagos reflejos del color rubio que matizaba aún su bigote; nada había perdido de su estatura de guardia noble; su cuerpo era delgado y tan flexible como el de un joven; sus dientes alabastrinos y sus ojos azules; su mirada no había perdido ni un grado del brillo de la juventud ni de su potencia visual, pues veía lo mismo de cerca que de lejos, sin necesidad de lentes; presentaba, en fin, el aspecto de un soberbio ejemplar humano. Su primera aventura tenía la fecha de 1843. Habiendo parecido muy seductor en una altísima esfera, esto hizo tanto ruido en la corte del señor de todas las Rusias, que tuvo que salir de San Petersburgo en el término de veinticuatro horas.

Le conocí yo en Pisa en 188... en donde le llamé una moridunda, la infeliz lady Florencia Wadham, a quien me parece estar viendo, al escribir estas líneas, con el rostro ideal de tísica rubia. Tenía ésta veinticinco años, sabía que se moría y no quería desaparecer de este mundo sin despedirse del único hombre a quien había amado.

No transcurrieron ocho días desde la llegada del príncipe Pisa, sin que se presentase allí la marquesa

de Branciforte. Esta era la *favorita* actual, una de las más hermosas italianas que yo haya visto; su perfil se parecía a la del busto de una medalla de Siracusa, sus ojos eran grandes y soñadores, su cabellera negra, su estatura esbelta y su aspecto el de una diosa de la mitología. Loca de celos fué a Pisa para convencerse de que en efecto su rival estaba moribunda. El príncipe no experimentaba la menor cortedad en presencia de aquellas dos mujeres, que no se hubieran atrevido, ni la una ni la otra, a quejarse delante de él por miedo de desagradarle.

No parecía siquiera apercibirse de la inmoralidad de su conducta, ni se acordaba de que tenía una esposa en algún rincón de Europa, ni que su hijo mayor contaba por lo menos treinta años. Pero este es un rasgo del verdadero amante, en el concepto en que le estudiamos; no conoce escrúpulo alguno cuando se trata de amar o de ser amado; si ocupa un puesto cualquiera, se hallará siempre decidido a sacrificar sus deberes y sus intereses, para acudir a la cita de la reina de sus pensamientos. Hará lo que hizo el año pasado un teniente, que ofreció a un ministro extranjero la venta del secreto de la fabricación de un nuevo fusil, llevado sólo del deseo de regalar alhajas a su amada, o le sucederá lo que a mi amigo Andrés Mareuil, que dejó perder una buena posición y todo su porvenir, por una mujer de quien se sintió arrebatado desde el instante mismo en que la vió.

Andrés era redactor de uno de los periódicos, cuyas oficinas están en el boulevard..., que le daba mil quinientos francos cada mes por dos artículos a la semana y escribía la crónica de teatros en otro, que

le abonaba por dicho trabajo ochocientos francos mensuales. Pues bien; hacía más de un año que cobraba estos sueldos, y Andrés, a quien habíamos visto siempre loco y lleno de deudas, parecía haber sentado la cabeza y asegurado su puesto entre los buenos obreros de la inteligencia; pero un día el director del primer periódico le suplicó que fuera a inquirir, para un artículo de actualidad, cerca de una célebre impura que acababa de llegar de Egipto, algunos detalles interesantes respecto a un personaje político muy encumbrado a la sazón.

Andrés estaba convidado a comer a las siete con dos amigos y a ir después a un estreno al teatro Francés. Eran las cuatro de la tarde y calculó distribuir el poco tiempo que le quedaba de modo que cumplierse con todos sus compromisos; media hora de conversación, hora y media para escribir la crónica y el resto para vestirse, ir al periódico y desde allí a comer. Los minutos estaban contados. Llega a casa de aquella mujer, dice al cochero que le espere, sube y se le hace entrar en una habitación sin arreglar todavía. La dueña de la casa se presenta, y ambos reciben idéntica impresión, fulminante como el rayo. Andrés olvida el coche, la comida, el artículo que tenía que escribir y el estreno, envía a buscar a la fonda en que vivía una maleta, alguna ropa blanca, un traje y sale aquella misma noche para Fontainebleau, en donde la aludida mujer tenía una casa de campo. Permaneció allí seis meses sin avisar siquiera a los directores de los periódicos, quienes, como es de suponer, dieron en seguida su puesto a otro; sin escribir a ningún amigo, sin pagar su cuenta en

la fonda, en la que sus papeles, sus libros y sus ropas quedaron en prenda, sin pensar, en fin, en otra cosa sino en que nunca había sido amado de aquel modo. Pero lo más chistoso del caso es que la víspera, por la noche, habíamos estado hablando mucho y me comunicó el proyecto que tenía de tomar casa, pues había ahorrado algún dinero y además tenía crédito en un almacén de tapicería.

—Qué quieres que te diga—me contestó más tarde cuando le recordé sus buenos propósitos—, quise tomar casa propia y mi fuí... a la suya.

* * *

Pronunció Andrés esta frase con una gracia tal, que me hizo olvidar su locura; con esa gracia que es peculiar de los verdaderos amantes. No me atreví a reprocharle su conducta, porque sabía que había aceptado el vivir medio año en casa de su amada, del mismo modo que la hubiera instalado en un hotel gastando con ella millones, si los hubiera tenido, con ese desprecio del dinero y el olvido absoluto de lo tuyo y de lo mío, que tantas faltas hace perdonar a esos galantes vividores.

El ser pobre es una gran desgracia para estos amantes, porque las mujeres no dejan de corromperlos pronto, y tratándose de amor, no tienen para nada ellas en cuenta ni el honor ni la moral. No sienten placer más profundo ni más íntimo, que el de proveer a las necesidades del hombre que aman; pero no, como se ha dicho, para despreciarle, sino, por el contrario, para amarle más. Buena prueba son

de lo que decimos, los esfuerzos desesperados que hizo la anciana amante de Pranzini, para librar aquella «encantadora cabeza», como decía Racine, de las manos del verdugo. Por aborrecible que fuese aquel malvado y a pesar de su crimen y de su infamia, era siempre para ella el *amante*. ¡Qué digo para ella! y para otras muchas.

Esto da la razón, tan innegable como monstruosa, del poder que el hombre de condiciones determinadas ejerce sobre cierta clase de mujeres; poder que la mayor de las ignominias degradará quizás, pero que no conseguirá destruir. Hablábamos hace poco del boticario Aubert; pues bien, para mejor apreciar la diferencia que existe entre el amante verdadero y el ficticio, comparad la triste figura de éste con la fisonomía del asesino de la pobre María Regnault. ¡Qué arrogancia presentaba la del último! ¡Qué estremecimiento de curiosidad producía a su alrededor! Estoy cierto de que, ahora mismo, se le llora por más de una, se le vuelve a ver en sueños, se bendicen las noches, porque sus viudas, con su facultad imaginativa se recrean en contemplar aquel cuerpo, cuya descripción publicaron los periódicos para satisfacer el anhelo de sus lectoras; cuerpo que le había valido el prodigioso nombre de «amante magnífico...» que le dió una de sus apasionadas desconocidas, porque las ha tenido, como las tuvieron Merimee, Balzac y lord Byron... ¡Oh vanidad de la gloria, que confunde en idénticos triunfos el puro genio, con la más abyecta degradación!

Sin embargo, no exageremos los conceptos, ni ultrajemos a las mujeres pretendiendo que basta, para

seducirlas, ser un tipo robusto, de formas hercúleas, pues la mayor parte de las veces no es así. Entre los hombres afortunados con las mujeres, cuyo estudio fisiológico he hecho con gran atención, tan pronto con envidia como con disgusto, pero siempre con curiosidad, de diez, ocho han sido más bien nerviosos que musculares, delgados y esbeltos más que vigorosos y atléticos; aun cuando en verdad todos gozaban de ese temperamento que produce la fuerza vital. Comían bien y digerían mejor, teniendo además esa indefinible facultad de adaptación del movimiento, que se llama destreza, pues casi todos poseían alguna habilidad o talento para los ejercicios físicos como el baile, la equitación, la esgrima, etc. En virtud de esa misma agilidad corporal, vestían muy bien, sin preocuparse de ello, porque la elegancia que distingue al amante profesional, no consiste ni en el corte del traje, ni en la clase de la tela, sino una especie de gracia, que no se aprende ni se borra con los años.

Buen ejemplo de lo que acabo de decir es el ofrecido por el más famoso de los amantes de este siglo el único tal vez que haya acumulado en su existencia el amor, el pensamiento y la acción. ¡Lamartine, ese admirable seductor que conservó su elegancia y su hermosura hasta el fin de su vida, en medio de tanta y tan continuada disipación! Por más que os provea de vestidos el sastre más artista del mundo y de calzado el más hábil zapatero, y de camisas y de sombreros, de guantes y de corbatas los mejores talleres y hagan vuestro tocado los más refinados peluqueros del universo, si no habéis nacido *amante*, las muje-

res dirán: «Tiene bastante elegancia»; mas no pasarán de ahí.

Esto me recuerda una exclamación que nos hizo mucha gracia a Francisco G... y a mí, cuando la oímos. Estábamos hablando con el secretario de un teatro respecto de una aventura ocurrida a una trágica de fama, que de repente se encontró arruinada después de los cuarenta años, por haber confiado todas sus economías a un joven, a quien ella quería con locura. El se marchó llevándose cuatrocientos mil francos, dejándola plantada, como suele decirse, y en un estado tal, que ni siquiera pensó en entablar la correspondiente querrela ante las autoridades. Nos admirábamos de que dicho individuo hubiera podido engañar a una mujer de tal edad y que por lo mismo no debía carecer de experiencia.

—¡Ah!—exclamó el secretario con gran convicción—; es, señores, que él tenía un *don* particular.

* * *

Entre estos dones, algunos peligrosos y otros seductores, hay uno, sin el cual todos los demás no servirían para nada; este don es el tacto; pero un tacto determinado, un tacto que en el verdadero amante tiene algo singularísimo; es casi un órgano o un instinto, y la educación no contribuye para nada en su desarrollo. Comprende a primera vista el poder que ejerce desde luego en una mujer. Sabe que hay en el mundo y en el demi-monde una clase a la que gustaría y otra a la que no gustaría, por más que hiciese. Se dirá a sí mismo yendo solo, o en alta voz a

cualquiera que le acompañe, como lo hacía Andrés Mareuil cuando paseábamos juntos por las calles de París: «Esta es para mí; aquella no...» y hablando o pensando de este modo, el verdadero amante se equivoca pocas veces. Procede por intuición y por analogía en virtud de este axioma:

VI

Cada mujer no ama nunca más que a un solo y exclusivo hombre.

Pero ese tipo que la mujer conserva en lo íntimo de su pensamiento, ¿en dónde ha de encontrarlo tal y como ella lo ve y lo siente en el fondo de su alma? Lo busca, cree haberlo encontrado y se entrega a un amante; éste, en algunas cosas se parece a su ideal; pero en otras no, y el día en que la mujer nota esa diferencia, el encanto se desvanece. Busca en otra parte, y en este concepto es necesario confesar que su inconstancia es constancia y su infidelidad, fidelidad; pues fija en el tipo que guarda en su corazón, en cada uno de sus amantes cree ver realizadas sus aspiraciones, lo mismo en lo moral que en lo físico, y deja de amar cuando comprende que se ha equivocado. Así es, que comparando las fotografías de los diversos caprichos de una muchacha o de una gran señora, hablo de los caprichos verdaderos, se queda uno admirado de la fijeza de esas almas que calificamos de ligeras. Tan pronto se entusiasman como se disgustan; pero es siempre por el mismo motivo.

El verdadero amante, que sabe la historia amorosa de cuantas mujeres conoce, por haberle informado sus amadas, sabe también, poco más o menos, los amantes que han tenido antes que él y esto le basta para comprender lo que ha de esperar de ellas. Ve a una mujer dos o tres veces y adivina, con matemática exactitud, en qué fase se halla de su existencia, si es feliz o desgraciada, sujeta a amores y contenta, o casada o libre, y todas estas observaciones hacen variar mucho la dirección, la intensidad, la forma o la marcha de su galanteo.

Hasta en el modo de cortejar, el tacto del amante profesional se manifiesta por algunos matices que le diferencian radicalmente del hombre que se insinúa por el roce, por la mirada, por el contacto, etc.; este modo de obrar no pertenece más que al pretencioso, que nunca es amado. Aquél no se permitirá jamás ninguna de esas maneras indiscretas que estos últimos suelen usar, como: besar el brazo algo más arriba del codo, manosear mucho tiempo la mano de una mujer distraída y que se la abandona, apoderarse de un pie que se deja ver apoyado en un taburete y calzado con media de seda y con linda zapatilla bordada, fijarse con ávido mirar en un pecho encantador, inclinando la cabeza para ver mejor sus deliciosos contornos. ¿Quién no ha visto a alguno de esos entes entregarse a ciertas pueriles delicias, probando de tal modo que nunca ha tenido una verdadera amante? Abundan por todas partes y proceden así, porque ignoran estas dos verdades elementales en amor:

VII

Todas las caricias sin consecuencia, disminuyen el poder del hombre sobre la mujer.

VIII

Una mujer apasionadamente enamorada, es la única que perdona una familiaridad material ante testigos, por más que la hiere siempre.

Si amáis y conserváis vuestra sangre fría, a pesar de vuestro amor, no temáis al que usa de alguna familiaridad; guardaos más bien del que se acerca a vuestra amante con respeto y a vos con formas irrepugnables. Observad su mirada, discreta y astuta, escondida entre sus párpados medio entornados y fijaos cómo vuestra amada, que bromea con todos, se pone seria para ofrecer a éste una taza de té. Habladla de él, y veréis cómo procura adormecer vuestros celos; ¡ella, que por lo regular gusta de excitarlos! «—Lo que más me agrada en Fulano, os dirá, es que da a entender que sabe que soy perfectamente tuya...» ¡He oído esta frase hace ya algunos años, y al principio creí en ella! Pero... dos o tres palabras de este género y las visitas, cada vez más frecuentes, de Fulano en casa de vuestra amiga, deben indicaros que vuestra felicidad, o lo que llaméis con este nombre, corre un serio peligro y que os halláis en presencia del verdadero amante, pues este es su modo de pro-

ceder. No gusta de dramas, ni de escándalos, ni de aparatos; obra a solas y da el golpe sobre seguro; así es que, si gozáis de los favores de esa mujer porque pertenecéis a la categoría de las «combinaciones financieras, mundanas o literarias—las hay de varias clases—, es decir, si no sois amado por vos mismo, sed razonable y ella no cortará con vos sus relaciones, porque vuestro rival tiene demasiado tacto para pedir vuestra eliminación; pero no ensayéis luchar con él. Si pertenecéis al grupo de los ficticios amantes, no luchéis tampoco, haced la vista gorda, como se dice vulgarmente, pues este es el único medio de conservar la amistad de una antigua amiga, cuando ésta merece la pena de que conserve uno su íntimo trato.

Tened presente que un hombre enamorado no se declara nunca, si no se le da alientos para ello, y pensad, por lo tanto, que vuestra amada ha obrado en armonía con el indicado axioma. Por consiguiente, no os queda más recurso que ceder el puesto, si no queréis presenciar el derrumbamiento de la morada en que habíais alojado vuestro corazón; desgraciadamente esto es algunas veces difícil, porque el amor propio del hombre se opone a ello, y lo peor del caso es, que también el de la mujer, pues sin duda está resuelta a engañaros, y desea despediros; pero no quiere que preveáis su traición, ni que la abandonéis. Sucede a veces que el hombre sigue amando cuando no es amado ya; procurad, si estáis comprendido en este caso, marcharos, aun cuando estéis enamorado, acordándoos de este principio:

IX

La felicidad que ha sido empañada por los celos, es como una linda cara que ha sufrido las viruelas. Siempre quedan huellas.

Los amantes en grado eminente, preferirán siempre el pesar que sigue al abandono, al envilecimiento y al dolor que produce la sospecha. Pero todas las eminencias son raras y la del sentimiento más que ninguna.